

— ¡Dios mío! — exclamó el administrador, no entiendo una palabra de esto.

Moreau sintió que le molestaban los latidos de su corazón, cuando después de haber dado dos golpes á la puerta de su principal, oyó:

— ¿Sois vos, *señor* Moreau?

— Sí, monseñor.

— ¡Adelante!...

El conde se habia puesto un pantalón blanco y unas botas finas, un chaleco blanco y un frac negro sobre el cual brillaba, á la derecha, la insignia de la gran cruz de la Legion de honor; á la izquierda, de un ojal, pendia el Toison de Oro al extremo de una cadena del mismo metal. El cordón azul se destacaba vivamente sobre el chaleco. El mismo habia peinado sus cabellos, y sin duda se habia engalanado así para hacer á Margueron los honores de Presles, y quizás para ejercer sobre este buen hombre los prestigios de la grandeza.

— Y bien, caballero, — dijo el conde, permaneciendo sentado y dejando á Moreau de pie, conque no podemos cerrar el trato con Margueron?

— En estos momentos venderia su finca sobrado cara.

— ¿Pero por qué no vendria? — dijo el conde, afectando un aire meditabundo.

— Está enfermo, monseñor...

— ¿Estais seguro de ello?

— He ido á verle, y...

— Caballero, — dijo el conde, tomando un aspecto de severidad terrible, qué hariais á un hombre de confianza que os viera curaros un mal que deseárais

tener secreto, si fuese á reirse de él á casa de una ramera?

— Le moleria á palos.

— Y si descubrierais además que vende vuestra confianza y os roba?

— Trataria de sorprenderle *in fraganti*, y le enviaria á presidio.

— Escuchad, *señor* Moreau: sin duda habeis hablado de mis enfermedades en casa de Mme. Clapart, y os habeis reido, en su casa, con ella, de mi amor á la condesa de Sérisy; porque el pequeño Husson instruia de una infinidad de circunstancias relativas á mi tratamiento, á los viajeros de un carruaje público, esta mañana, en mi presencia, y Dios sabe en que lenguaje! Osaba calumniar á mi mujer. En fin, he sabido por boca del mismo padre Léger, que regresaba de Paris en el coche de Pierrotin, el plan fraguado por el notario de Beaumont, por vos y por él, relativamente á los Moulineaux. Si habeis estado en casa de Margueron, ha sido para decirle que se fingiera enfermo; está tan bueno, que le espero á comer, y va á venir. Y bien, caballero! os perdonaba que poseyerais doscientos cincuenta mil francos de fortuna, ganados en diez y siete años... Esto lo comprendo. Tantos veces cuantas me hubierais pedido lo que me quitabais ó lo que se os habia ofrecido, os lo habria dado: sois padre de familia. Habeis sido, en vuestra falta de delicadeza, mejor que otro, lo creo... Pero vos, que conoceis mis trabajos en pro del país, de la Francia; vos, que me habeis visto más de cien noches velar por el Emperador, ó trabajando diez y ocho horas diarias durante trimestres enteros; vos, que

sabéis cuanto amo á Mme. de Sérisy, haber charlado sobre ello delante de un niño, haber entregado mis secretos, mis afecciones á la risa de una Mme. Husson!...

—Monseñor.....

—Es imperdonable. Herir á un hombre en sus intereses, eso no vale nada; pero atacarle en su corazón?.... Oh! no sabeis lo que habeis hecho!

El conde dejó caer la cabeza entre las manos y permaneció un momento silencioso.

—Os dejo cuanto poseeis,—prosiguió, y os olvidaré. Por mi propia dignidad, por vuestro propio honor, nos separaremos decorosamente, porque en este momento recuerdo lo que vuestro padre hizo por el mío. Os entenderéis, sea, con M. de Reybert, vuestro sucesor. Estad, como yo, sereno. No os ofrezcais en espectáculo á los necios. Sobre todo, nada de insultos, ni de quisquillas. Si ya no poseeis mi confianza, procurad guardar el decoro de la gente rica. En cuanto á ese bribonzuelo que ha estado á pique de matarme, que no duerma en Presles! Alojadle en la posada, no respondería de mi cólera si le viera en mi presencia.

—Yo no merecía tanta dulzura, monseñor, dijo Moreau, con las lágrimas en los ojos. Sí, si hubiese estado desprovisto de toda probidad, tendría quinientos mil francos míos; además, me ofrezco á presentaros las cuentas de mi fortuna y á detalláros! Pero permitid que os diga, monseñor, que al hablar de vos con Mme. Clapart, jamás fué en tono de burla; sino al contrario, compadeciendo vuestro estado y para preguntarle si sabía algunos remedios desconocidos

de los médicos, que practica la gente del pueblo..... He hablado de vuestros sentimientos en presencia del pequeño cuando se hallaba durmiendo, (parece que nos oía!) pero fué siempre en términos llenos de cariño y de respeto. La desgracia quiere que algunas indiscreciones sean castigadas como crímenes. Pero al aceptar los efectos de vuestra cólera, sabed al menos como las cosas han ocurrido. Oh! fué de corazón á corazón como hablé de vos con Mme. Clapart. Finalmente, podeis interrogar á mi mujer.... jamás hemos hablado entre nosotros de estas cosas....

—Basta,—dijo el conde cuya convicción era completa, no somos niños, todo es irrevocable. Id á poner en orden vuestros asuntos y los míos. Podeis seguir habitando el pabellon hasta el mes de octubre. M. y Mme. de Reybert se alojarán en el palacio; sobre todo procurad vivir con ellos como personas de calidad que se aborrecen, pero que guardan las apariencias.

El conde y Moreau bajaron, Moreau, blanco como los cabellos del conde, el conde, sereno y digno.

Durante esta escena, el coche de Beaumont, que sale de París á la una, se habia detenido en la verja y bajaba al palacio el señor Crottat, quien, según la orden dada por el conde, esperaba en el salon en donde encontró á su escribiente muy avergonzado, en compañía de los dos pintores, embarazados los tres con sus personajes. M. de Reybert, un hombre de cincuenta años, de rostro áspero, pero honrado, habia venido acompañado del viejo Margueron y del notario de Beaumont que tenia en la mano un fajo de documentos y de escrituras. Cuando todas estas personas vieron aparecer al conde con su traje de hombre

de Estado, Jorge Marest tuvo un ligero movimiento de cólico, José Bridau se estremeció; pero Mistigris, que vestía su traje dominguero y nada tenía que reprocharse, dijo con voz bastante alta:

—Y bien! está infinitamente mejor así.

—Picarillo,—dijo el conde, arrastrándole hácia sí por una oreja, tú pintas y yo llevo las condecoraciones. ¿Habeis reconocido vuestra obra, mi querido Schinner? prosiguió el conde, mostrando el techo al artista.

—Monseñor,—respondió éste, he cometido la falta de atribuirme por bravata un nombre célebre; pero esta jornada me obliga á pintaros buenas cosas y á ilustrar el nombre de José Bridau.

—Me habeis defendido,—dijo vivamente el conde, y espero que tendreis la amabilidad de comer conmigo, lo mismo que nuestro espiritual Mistigris.

—Vuestra señoría no sabe á lo que se expone,—dijo el descarado gatuelo. *Estómago hambriento no tiene pulgares.*

—¡Bridau!—exclamó el ministro, impresionado por un recuerdo, seriais acaso pariente de uno de los más ardientes trabajadores del Imperio, de un jefe de division que ha sucumbido víctima de su celo?

—Su hijo, monseñor,—respondió José, inclinándose.

—Sed bien venido aquí,—prosiguió el conde, tomando entre las suyas la mano del pintor, he conocido á vuestro padre, y podeis contar conmigo como con un.... tío en Indias, añadió M. de Sérisy, sonriendo. Pero sois demasiado jóven para tener discípulos, de quién lo es, pues, Mistigris?

—De mi amigo Schinner que me lo ha prestado,—prosiguió José. Mistigris se llama Leon de Lora. Monseñor, si os acordais de mi padre; dignaos pensar en aquel de sus hijos que se encuentra acusado de conspirador contra el Estado y citado ante la cámara de los Pares.

—¡Ah! es cierto,—dijo el conde, pensaré en él, podeis creerlo. En cuanto al príncipe Czerni-Jorge, el amigo de Ali-Pachá, el ayudante de Mina,—dijo el conde, avanzando hácia Jorge.

—¿El?... mi segundo escribiente,—exclamó Crottat.

—Estais en un error, señor Crottat,—dijo el conde con aire severo. Un escribiente que quiere un dia ser notario, no abandona documentos importantes en las diligencias á merced de los viajeros! Un escribiente que aspira á ser notario, no gasta veinte francos entre Paris y Moisselles! Un escribiente que aspira á ser notario, no se expone á ser detenido como un prófugo...

—Monseñor,—dijo Jorge Marest, he podido divertirme en mistificar á los plebeyos durante el viaje; pero....

—No interrumpais á su excelencia,—le dijo su principal, dándole un fuerte codazo en el costado.

—Un notario debe tener á todas horas discrecion, sagacidad, y no confundir á un ministro de Estado con un fabricante de bujías....

—Acepto la responsabilidad de mis faltas, pero no he abandonado mis escrituras á merced de....—dijo Jorge.

—En este momento estais cometiendo la falta de dar un mentís á un ministro de Estado, á un Par de

Francia, á un gentilhombre, á un anciano, á un cliente. Buscad vuestra escritura de venta.

El escribiente arrugó todos los papeles de su cartera.

—No enredeis vuestros papeles,—dijo el ministro de Estado, sacando de su bolsillo la escritura, aquí está lo que buscais.

Crottat dió tres vueltas al papel, tan asombrado estaba.

—¡Cómo! caballero!—dijo el notario á Jorge.

—Si yo no la hubiera tomado,—prosiguió el conde, el padre Léger, que no es tan necio como le creéis, á pesar de sus preguntas sobre la agricultura, porque con ellas os estaba demostrando que uno debe siempre pensar en su profesion, el padre Léger hubiera podido apoderarse de ella y adivinar mi proyecto.... Vos tendreis tambien la amabilidad de comer conmigo, pero con la condicion de referirnos la ejecucion de *Moucelim* de Smyrna, y nos acabareis las memorias de algun cliente que sin duda habeis leído en público.

—Donde las dan las toman,—dijo en voz baja Leon de Lora á José Bridau.

—Señores,—dijo el conde al notario de Beaumont, á Crottat, á M. M. Margueron y Reybert, pasemos al otro lado, no nos sentaremos á la mesa sin haber concluido; porque, como dice Mistigris, es necesario saber *ordenarse á tiempo*, (obrar á tiempo.)

—Y bien! es muy buen muchacho,—dijo Leon de Lora á Jorge Marest.

—Sí, pero mi principal no es tan bueno, y me enviará con mis bromas á otra parte.

—Bah! os gusta viajar,—dijo Bridau.

—El pequeño, qué julepe va á recibir de M. y Mme. Moreau!...—exclamó Leon de Lora.

—Un pequeño imbécil,—dijo Jorge. A no ser por él, el conde se habria divertido. Lo mismo dá, la leccion ha sido buena y si otra vez me oyen hablar en un carruaje....

—Oh! es una tonteria,—dijo José Bridau.

—Y una vulgaridad,—concluyó Mistigris. Además, *hablar demasiado, sigue*, (hablar con exceso perjudica.)

En tanto que los asuntos se ventilaban entre monsieur Margueron y el conde de Sérisy, asistido cada uno de su notario respectivo, y en presencia de M. de Reybert, el ex-administrador se habia dirigido con paso lento á su pabellon. Entró en él sin ver nada, y se sentó en el canapé del salon, en donde el pequeño Husson se puso en un rincon fuera del alcance de su vista, porque el cárdeno semblante del protector de su madre le aterrorizó.

—Y bien, amigo mio, qué te pasa?—dijo Estela, entrando bastante fatigada por todo cuanto acababa de hacer.

—Esposa mia, estamos perdidos, y perdidos sin remedio. Ya no soy administrador de Presles, ya no poseo la confianza del conde.

—¿Y cómo ha sido eso?

—El padre Léger, que se hallaba en el coche de Pierrotin, le ha puesto al corriente del asunto de los Moulineaux; pero no es esto lo que me ha enagenado para siempre su proteccion...

—¿Pues qué?

—Oscar ha hablado en mal sentido de la condesa y

ha revelado las enfermedades del conde....

—¡Oscar!...—exclamó Mme. Moreau. Te castigan, querido, por donde has pecado. ¿Valia la pena de criar esa culebra en tu seno? Cuántas veces te he dicho....

—¡Basta!—prorumpió Moreau, con voz alterada.

En este momento, Estela y su marido descubrieron á Oscar acurrucado en un rincon. Moreau cayó sobre el desgraciado niño como un milano sobre su presa, le asió del cuello de su levita color de aceituna y le arrastró á la luz de una ventana.

—Habla de una vez, qué le has dicho á monseñor en el carruaje? Qué demonio te ha desatado la lengua, á tí que permaneces atontado cuantas veces te interrogo? ¿Qué es lo que te proponias?—le dijo el administrador con espantosa violencia.

Harto atontado para llorar, Oscar guardó silencio, permaneciendo inmóvil como una estatua.

—Ven á pedir perdon á Su Excelencia,—dijo Moreau.

—Acaso se preocupa Su Excelencia por semejante canalla!—exclamó la furiosa Estela.

—Ea, ven al palacio,—prosiguió Moreau.

Oscar se postró como una masa inerte y cayó al suelo.

—¿Quieres venir?—dijo Moreau cuya cólera fué encendiéndose por momentos.

—¡No! no! perdon!—exclamó Oscar, que no quiso someterse á un suplicio para él peor que la muerte.

Entonces Moreau asió á Oscar de su levita, le arrastró como un cadáver por los patios que el niño atronó con sus gritos, con sus sollozos; le arrastró

por la escalera; y con un brazo alentado por la rabia, le arrojó bramando y rígido como una estaca, en el salon, á los pies del conde, que acababa de concluir la adquisicion de los Moulineaux, y se trasladaba entonces al comedor con todos los convidados.

—De rodillas! de rodillas! desgraciado! Pide perdon al que te ha dado el pan del alma, obteniéndote un dote pío en el colegio!—gritaba Moreau.

Oscar, con el rostro pegado al suelo, espumeaba de rabia, sin proferir una palabra. Todos los espectadores temblaban. Moreau, que ya no fué dueño de sí, presentaba un rostro ensangrentado á fuerza de inyectarse.

—Este jóven es todo vanidad,—dijo el conde, despues de haber esperado en vano las satisfacciones de Oscar. Un orgulloso se humilla, porque existe grandeza en ciertas humillaciones. Mucho temo que jamás hagais carrera de este muchacho.

Y el ministro de Estado pasó. Moreau volvió á apoderarse de Oscar y le condujo á su habitacion. Mientras enganchaban los caballos á la calesa, escribió á Mme. Clapart la siguiente carta:

«Amiga mia, Oscar acaba de arruinarme. Esta mañana durante su viaje en el coche de Pierrotin, ha hablado á Su Excelencia en persona de las ligerezas de la señora condesa, y ha dicho al mismo conde, que viajaba de incógnito, sus secretos acerca de la terrible enfermedad que ha contraido pasando tantas noches de trabajo en el desempeño de sus diversas funciones. Despues de haberme destituido, el conde me ha encargado no consentir que Oscar duerma en

Presles, y que le despida. Así, para obedecerle, mando enganchar en este momento mis caballos á la caleza de mi mujer, y Brochon, mi caballerizo, va á devolveros este pequeño miserable. Mi mujer y yo nos hallamos en un estado de desolacion que vos podeis imaginar y yo renuncio á describiros. Dentro de breves dias iré á veros, porque necesito tomar una determinacion. Soy padre de tres hijos, debo pensar en su porvenir, y todavía no sé que resolver, porque abrigo la intencion de demostrar al conde lo que valen diez y siete años de la vida de un hombre como yo. Rico por valor de doscientos sesenta mil francos, quiero llegar á poseer una fortuna que algun dia me permita ser casi igual á Su Excelencia. En este momento me siento capaz de levantar montañas, de vencer obstáculos insuperables. ¡Qué palanca la de semejantes humillaciones! Qué sangre es, pues, la que Oscar tiene en las venas? No puedo felicitaros por él, su conducta es la de un imbécil; en el momento en que os escribo, aún no ha podido pronunciar una palabra ni contestar á todas las preguntas de mi mujer ó mias... ¿Va á ser un estúpido ó lo es ya? Querida amiga, no le habiais, pues, enseñado su leccion antes de embarcarlo? ¡Cuántas desgracias me hubierais evitado, acompañándole como os habia suplicado!... Si Estela os asustaba, hubierais podido quedaros en Moisselles. En fin, concluyo. Adios, hasta muy pronto.

Vuestro afectísimo servidor y amigo

MOREAU.»

A las ocho de la noche, Mme. Clapart, habiendo regresado de un corto paseo con su marido, hacia

medias de invierno para Oscar, á la luz de una sola bujía. M. Clapart esperaba á un amigo, llamado Poirot, que á veces iba á jugar con él su partida de dominó, porque jamás se aventuraba á pasar la noche en un café. A pesar de la prudencia que le imponía su humilde fortuna, Clapart no hubiera podido responder de su templanza en medio de los géneros del consumo y en presencia de los parroquianos cuyas burlas hubiesen herido su amor propio.

—Temo que Poirot haya venido,—decia Clapart á su mujer.

—Pero, amigo mio, la portera nos lo hubiese dicho,—le respondió Mme. Clapart.

—Puede muy bien haberlo olvidado.

—¿Por qué quieres que lo olvidé?

—No seria la primera vez que habria olvidado algo para nosotros, porque sabe Dios como se trata á los pobres.

—En fin,—dijo la infeliz mujer por cambiar de conversacion y escapar á las quisquillas de Clapart, Oscar se encuentra ahora en Presles, será muy dichoso en aquella hermosa tierra, en aquel precioso parque....

—Sí, esperad de él buenas cosas,—respondió Clapart, será causa de alguna pelotera.

—Conque no cesareis de aborrecer á ese pobre niño; ¿que es ha hecho? Eh! Dios mio, si algun dia gozamos de comodidades, quizás se lo deberemos á él, porque tiene buen corazon...

—Cuando ese muchacho medre en el mundo, hará mucho tiempo que nuestros huesos se habrán convertido en gelatina!—exclamó Clapart. ¿Habrás, pues,

cambiado mucho? Pero vos no conoceis á vuestro hijo, es vanidoso, es embustero, es perezoso, es incapaz...

—¿Por qué no vais á ver si viene M. Poiret?—dijo la pobre madre, herida en el corazón por esta diatriba que se había atraído.

Un niño que jamás ha obtenido un premio en sus clases!—exclamó Clapart. A los ojos de los plebeyos, ganar premios en las clases es para un niño la certeza de un bello porvenir.

—¿Habeis ganado vos alguno?—le dijo su mujer. Oscar ha obtenido el cuarto *accèsit* de filosofía.

Este apóstrofe impuso silencio á Clapart por un momento.

—Añadid á eso que Mme. Moreau debe quererle como un clavo, sabeis donde?... Procurará que su marido le tome manía.... ¿Oscar llegar á ser administrador de Presles? Si para eso se necesita saber agri-mensura, entender de cultivos....

—Lo aprenderá.

—¿El? No, la gata! Apostemos á que si desempeñara ese empleo, no se pasaria una semana sin cometer algunas brutalidades que obligarian al conde de Sérisy á despedirle?

—¡Dios mio! como podeis encarnizaros, en lo por venir, contra un pobre niño lleno de buenas cualidades, de una dulzura de ángel, é incapaz de hacer daño á nadie?

En este momento, los chasquidos del látigo de un postillon, el ruido de una calesa al trote largo, el piafar de dos caballos que se detuvieron en la puerta cochera de la casa, habían puesto en revolucion la calle

de la Cerisaie. Clapart, que oyó abrir todas las ventanas, se asomó al patio.

—Os devuelven á Oscar por la posta!—exclamó con un aire en que la satisfacción se ocultaba bajo una inquietud real.

—Oh, Dios mio! qué le habrá sucedido?—dijo la pobre madre, presa de un temblor que la sacudió como á una hoja el viento de otoño.

Brochon subia seguido de Oscar y de Poiret.

—Dios mio! qué ha sucedido?—repitió la madre, dirigiéndose al caballerizo.

—No lo sé, pero M. Moreau no es ya administrador de Presles, dicen que vuestro señor hijo tiene la culpa de ello y Su Señoría ha ordenado que os le traigan. Además, señora, aquí traigo la carta de ese pobre M. Moreau, que está cambiado hasta dar miedo....

—Clapart, dos vasos de vino para el postillon y para el señor,—dijo la madre, que fué á caer sobre un sillón donde leyó la fatal carta. Oscar, prosiguió arrastrándose hácia su cama, es decir que quieres matar á tu madre.... Despues de cuanto te habia dicho esta mañana....

Mme. Clapart no acabó su frase, se desmayó de dolor. Oscar permaneció estúpido, de pie. Mme. Clapart volvió en sí al oír á su marido que decia á Oscar, sacudiéndole por el brazo:

—¿Responderás?

—Id á acostaros, caballerito,—dijo á su hijo, y dejadle tranquilo, señor Clapart, no le volvais loco, porque está cambiado que da miedo.

Oscar no oyó la frase de su madre, habia ido á

acostarse desde que recibiera la orden.

A cuantos recuerden su adolescencia no les asombrará el saber que despues de un día lleno de emociones y acontecimientos, Oscar durmiera el sueño de los justos, á pesar de la enormidad de sus faltas. Al día siguiente no encontró la naturaleza tan cambiada como creía, y se asombró de tener hambre, él que la víspera se consideraba indigno de vivir. Sólo había sufrido moralmente. A esta edad, las impresiones morales se suceden con sobrada rapidez para que la una no debilite la otra, por profundamente grabada que se halle la primera. Así, por mas que algunos filántropos le hayan atacado fuertemente en estos últimos tiempos, el sistema de castigos corporales es necesario en ciertos casos para los niños; y además, es el mas natural, porque la naturaleza no procede de otro modo, se sirve del dolor para imprimir un recuerdo duradero de sus enseñanzas. Si á la vergüenza desgraciadamente pasajera que de Oscar se había apoderado la víspera, el administrador hubiese añadido una pena aflictiva, quizás la lección hubiera sido completa. El discernimiento con que deben emplearse las correcciones es el mayor argumento contra ellas; porque la naturaleza no se engaña jamás, mientras que el preceptor puede con frecuencia equivocarse. Mme. Clapart había cuidado de enviar fuera de casa á su marido, á fin de hallarse por la mañana á solas con su hijo. Se hallaba en un estado lastimoso. Sus ojos debilitados por el llanto, su semblante fatigado por una noche de insomnio, su voz cansada, todo en ella inspiraba compasión, mostrando un excesivo dolor que por segunda vez no hubiera podido soportar. Al ver

entrar á Oscar, le indicó que se sentara á su lado, y le recordó con voz dulce, pero penetrante, los favores del administrador de Presles. Dijo á Oscar que de seis años á esta parte sobre todo, vivía de las ingeniosas caridades de Moreau. El empleo de M. Clapart, debido al conde de Sérisy, lo mismo que la mitad del dote pío con ayuda del cual Oscar había terminado su educación en el colegio, cesaría tarde ó temprano. Clapart no podía pretender una jubilación, no contando suficientes años de servicios en el Tesoro ni en el municipio, para obtenerla. ¿Qué sería de todos ellos, el día en que Clapart ya no tuviese su empleo?—En cuanto á mí,—dijo ella, aunque tenga que colocarme de enfermera ó servir de criada en una casa grande, sabré ganar mi pan y mantener á M. Clapart. Pero tú, dijo á Oscar, que es lo que harás? Careces de fortuna y debes hacerla, porque es necesario vivir. Para vosotros los jóvenes no existen sino cuatro grandes carreras: el comercio, la administración, las profesiones privilegiadas y el servicio militar. Toda especie de comercio exige capitales; no podemos dártelos. A falta de capitales, un joven ofrece su fidelidad, su aptitud; pero el comercio exige una gran discreción, y tu conducta de ayer no hace esperar que la consigas. Para ingresar en una administración pública, es preciso pasar en ella mucho tiempo de supernumerario, no carecer de protección, y te has enagenado el único protector que poseíamos y el mas influyente de todos. Además, suponiendo que estuvieras dotado de facultades extraordinarias, con ayuda de las cuales un joven medra prontamente, ya en el comercio, ya en la administración, ¿de dónde

de sacar dinero para vivir y vestirse durante el tiempo que emplearías en aprender tu profesión? Aquí la madre se entregó, como todas las mujeres, á difusas lamentaciones: ¿cómo iba á componérselas, privada de los auxilios naturales que la administración de Présles permitía á Moreau enviarle?... Oscar había destruido la fortuna de su protector. Después del comercio y la administración, carreras en las cuales no debía pensar su hijo, careciendo ella de medios para mantenerle, venían las profesiones privilegiadas del notariado, del foro, de los procuradores y de los alguaciles. Pero era necesario cursar su derecho, estudiar durante tres años, y pagar sumas considerables para las matriculas, para los exámenes, para las licenciaturas y los diplomas; el número crecido de aspirantes obligaba á distinguirse por un talento superior; en fin, la dificultad de mantener á Oscar se presentaba siempre.

—Oscar,—dijo ella terminando, había fundado en tí todo mi orgullo y toda mi vida. Al aceptar una vez desgraciada, reposaba mi vista en tí, y te veía abrazando una brillante carrera con buen éxito. Esta esperanza me ha dado valor para devorar las privaciones que he sufrido durante seis años con objeto de sostenerte en el colegio, en el cual nos costabas aún de siete á ochocientos francos anuales, á pesar del medio dote pio. Ahora que mi esperanza se desvanee, tu suerte me espanta! No puedo disponer de un céntimo para mi hijo sobre los honorarios de M. Clapart. ¿Qué vas á hacer? No eres bastante fuerte en matemáticas para ingresar en las escuelas especiales, y además, dónde encontrar los tres mil francos de

pension que se exigen para ello? Hé aquí la vida, tal como ella es, hijo mio! Tienes diez y ocho años, eres robusto, sienta plaza de soldado, será la única manera de ganar tu sustento.

Todavía Oscar no sabía nada de la vida. Como todos los niños á quienes se ha criado, ocultándoles la miseria doméstica, ignoraba la necesidad de hacer fortuna: la palabra *comercio* no despertaba en él ninguna idea, y la palabra *administración* no le decía gran cosa, porque no apercibía los resultados de ella; escuchaba, pues, con aire sumiso, que intentaba hacer avergonzado, las reprensiones de su madre, que se perdían en el vacío. Con todo, la idea de ser soldado, y las lágrimas que empañaban los ojos de su madre, hicieron llorar á este niño. Tan pronto como Mme. Clapart vió surcadas de lágrimas las mejillas de Oscar, se sintió sin fuerzas; y como todas las madres en semejantes casos, buscó la peroración con que terminan estas especies de crisis, en que ellas sufren á la vez sus dolores y los de sus hijos.

—Vamos, Oscar, *prométeme* ser discreto en lo sucesivo, no hablar á diestro y siniestro, reprimir tu necio amor propio, ser... etc., etc.

Oscar prometió cuanto su madre le pedía, y después de haberle atraído dulcemente hácia sí, madame Clapart acabó por abrazarle para consolarle de la riña.

—Ahora,—dijo ella, escucharás á tu madre, seguirás sus advertencias, porque una madre no puede dar sino buenos consejos á su hijo. Iremos á casa de tu tío Cardot. Allí está nuestra última esperanza. Cardot ha debido mucho á tu padre, quien, al concederle su hermana, Mlle. Husson, con un dote enorme

para aquellos tiempos, le ha permitido hacer una gran fortuna en el ramo de sederías. Pienso que te colocará en casa de M. Camusot, su sucesor y su yerno, calle de los Bourdonnais.... Pero, ves, tu tío Cardot tiene cuatro hijos. Ha cedido su establecimiento del Capullo de Oro á su hija mayor Mme. Camusot. Si Camusot tiene millones, tiene tambien cuatro hijos de dos mujeres diferentes y apenas sabe que nosotros existimos. Cardot ha casado á Mariana, su segunda hija, con M. Protez, de la casa Protez y Chiffreville. El estudio de su hijo mayor, el notario, ha costado cuatrocientos mil francos, y acaba de asociar á José Cardot, su segundo hijo, con la casa de drogas Matifat. Tu tío Cardot tendrá, pues, muchas razones para no ocuparse de tí, á quien ve cuatro veces al año. Jamás ha estado á visitarme aquí; mientras que sabia perfectamente ir á verme á casa de *Madame* para obtener el consumo de las Altezas Imperiales, del Emperador y de los grandes de su corte. Ahora los Camusots se dan mucho tono! Camusot ha casado al hijo de su primera mujer con la hija de un ugiér del gabinete del rey! El mundo aparece muy jorobado cuando se baja! En fin, es hábil, el Capullo de Oro tiene la parroquia de la córte bajo los Borbones como bajo el Emperador. Mañana iremos, pues, á ver á tu tío Cardot, espero que sabrás portarte como es debido; por que allí, te lo repito, está nuestra última esperanza.

El señor Juan Gerónimo Severino Cardot hacia seis años que era viudo de su mujer, Mlle. Husson, á quien el proveedor, en sus buenos tiempos de esplendor habia dado cien mil francos de dote, en metálico. Cardot, primer dependiente del Capullo de Oro, una

de las casas más antiguas de Paris, habia comprado este establecimiento en 1793, en el momento en que sus principales estaban arruinados del todo; y el dinero del dote de Mlle. Husson le habia permitido hacer en diez años una fortuna casi colosal. Para establecer ricamente á sus hijos, habia tenido la ingeniosa idea de colocar una suma de trescientos mil francos en rentas vitalicias sobre su cabeza y la de su mujer, lo que le producía treinta mil libras de renta. En cuanto á sus capitales, los habia dividido, para sus hijos, en tres dotes de cuatrocientos mil francos cada uno. El Capullo de Oro, que era el dote de su hija mayor, Camusot la aceptó por esta suma. El buen hombre, casi septuagenario, podia, pues, gastar y gastaba sus treinta mil francos anuales, sin perjudicar los intereses de sus hijos, superiormente establecidos todos, y cuyas pruebas de cariño no se hallaban entonces contaminadas por ningun pensamiento codicioso. El tío Cardot habitaba, en Belleville, una de las primeras casas situadas más arriba de la Courtille. Ocupaba en ella en un primer piso desde donde se divisaba á vista de pájaro el valle del Sena, una habitación de mil francos, con vistas al mediodía y con la exclusiva posesion de un gran jardín; así es que apenas le preocupaban los otros tres ó cuatro inquilinos alojados en aquella vasta casa de campo. Seguro de acabar allí sus dias por un largo arrendamiento, vivía con bastante mezquindad, servido por su vieja cocinera y por la antigua doncella de la difunta Mme. Cardot, las cuales esperaban heredar á su muerte unos seiscientos francos de renta cada una, y que por consiguiente no le robaban. Estas dos mujeres prodiga-

ban á su amo cuidados inauditos y se interesaban por él tanto más cuanto que nadie era ménos exigente ni ménos quisquilloso. Hacia seis años que la habitacion, amueblada por la difunta Mme. Cardot, permanecía en el mismo estado, pues el anciano se contentaba con ella; no gastaba entre todo mil escudos anuales, porque comia en Paris cinco veces á la semana, y regresaba todas las noches á las doce en un fiacre destinado al efecto, cuyo establecimiento se hallaba en la barrera de la Courtille. La cocinera apenas tenia que ocuparse más que del almuerzo. El buen hombre almorzaba á las once, luego se vestia, se perfumaba é iba á Paris. Por lo general los plebeyos avisan cuando comen en la ciudad, el padre Cardot avisaba cuando comia en casa.

Este viejecito, gordo, fresco, rechoncho, fuerte, estaba, como dice el pueblo, siempre puesto de veinticinco alfileres; es decir, siempre con medias de seda negra, pantalon de paño de seda doble, chaleco de piqué blanco, camisa deslumbradora, frae azul de barbo, guantes de seda violeta, hebillas de oro en sus zapatos y calzones, en fin, el cabello empolvado y una pequeña cola atada con una cinta negra. Su semblante se hacia notar por unas cejas espesas como matorrales, bajo las cuales centelleaban dos ojos pardos, y por una nariz cuadrada, gruesa y larga, que le daba el aire de un antiguo prebendado. Esta fisonomia no mentia. El padre Cardot pertenecia, en efecto, á esa raza Geroncios avispados que desaparece de dia en dia y que hacia el gasto de las novelas y las comedias del siglo décimo octavo. El tio Cardot decia:—*Hermosa mujer!* Acompañaba en coche á las mujeres

que se encontraban sin protector; se ponía á las órdenes de éstas, segun su expresion, de una manera caballeresca. Bajo su apariencia tranquila, bajo su frente nevada, ocultaba una vejez dedicada únicamente á los placeres. Entre hombres, profesaba con audacia las doctrinas epicúreas y se permitia chistes un poco verdes. No habia censurado que su yerno Camusot hiciera la corte á la encantadora actriz Coralía, porque él mismo era en secreto el Mecenas de la señorita Florentina, primera bailarina del teatro de la Gaité. Pero de esta vida y de estas opiniones no se traslucía nada en su casa, ni en su conducta exterior. El tio Cardot, grave y cortés, pasaba por casi frio, tanto decoro ostentaba, y una devota le hubiese llamado hipócrita. Este digno caballero aborrecia en particular á los curas; formaba parte de ese gran rebaño de nécios suscritos al *Constitucional*, y se preocupaba mucho por la *negativa de sepulturas*. Adoraba á Voltaire, aunque preferia á Píron, Vadé, Collé. Admiraba naturalmente á Béranger, al que llamaba ingeniosamente *el gran sacerdote de la religion de Lisette*. Sus hijas Mme. Camusot y Mme. Protez, y sus dos hijos, habrian, segun una expresion popular, caido de su altura, si alguien les hubiera explicado lo que su padre entendia por: *cantar la madre Godichon!* Este prudente viejo no habia dicho una palabra de sus rentas vitalicias á sus hijos, quienes viéndole vivir con tanta mezquindad, creian todos que les habia sacrificado su fortuna y redoblaban su ternura y sus cuidados. De manera que á veces decia á sus hijos:—«Conservad vuestra fortuna, porque nada tengo que legaros.» Camusot, cuyo ca-

rácter encontraba bastante parecido al suyo, y á quien queria lo suficiente para hacerle participe de sus sutilezas, era el único que estaba en el secreto de las treinta mil libras de renta vitalicia. Camusot aprobaba en gran manera la filosofía del buen hombre, quien, á su modo de ver, habiendo labrado la felicidad de sus hijos y cumplido con tanta nobleza sus deberes, podia concluir alegremente la vida. — «Mira, amigo mio, le decia el antiguo jefe del Capullo de Oro, podia volverme á casar, no es cierto? Una mujer jóven me hubiera dado hijos..... Sí, yo los habria tenido, me encontraba en la edad en que se tienen siempre..... Pues bien! Florentina no me cuesta tan cara como una esposa, no me cansa, no me dará hijos, y no consumiré jamás vuestra fortuna.»

Camusot proclamaba en el padre Cardot el sentido más exquisito de la familia; le miraba como un suegro perfecto. — «El sabe, decia, conciliar los intereses de sus hijos con los placeres de que es muy natural disfrutar en la vejez, despues de haber sufrido todos los estragos del comercio.» Ni los Cardot, ni los Camusot, ni los Protez, sospechaban la existencia de su anciana tia Mme. Clapart. Las relaciones de familia estaban limitadas al envío de las esquelas participando un fallecimiento ó un matrimonio, y tarjetas el dia de año nuevo. La altiva Mme. Clapart no doblegaba sus sentimientos más que en provecho de su Oscar, y ante su amistad hácia Moreau, la única persona que le habia permanecido fiel en la desgracia. No habia fatigado al viejo Cardot con su presencia ni con sus importunidades; pero se habia asido á él como á una esperanza, le visitaba una vez cada trimes-

tre, le hablaba de Oscar Husson, el sobrino de la difunta y respetable Mme. Cardot, y se lo llevaba tres veces durante las vacaciones. A cada visita, el buen hombre habia convidado á Oscar á comer en el Cuadrante Azul, le habia llevado por la noche á la Gaité, y acompañádole luego á la calle de la Cerisaie. Una vez, despues de haberle vestido todo de nuevo, le habia dado la tembladera y el cubierto de plata exigidos en el ajuar del colegio. La madre de Oscar procuraba demostrar al buen hombre que su sobrino le queria; le hablaba siempre de esta tembladera, de este cubierto, y de este traje encantador del cual no quedaba ya más que el chaleco. Pero estas leves picardias perjudicaban á Oscar, más que le servian, al lado de un viejo zorro tan artero como el tio Cardot. Jamás el padre Cardot habia amado con gran vehemencia á su difunta, mujer alta, flaca y colorada; además, conocia las circunstancias que concurrían en el matrimonio del difunto Husson con la madre de Oscar; y sin por ello desestimarla en lo más mínimo, no ignoraba que el jóven Oscar era hijo póstumo; de suerte que su pobre sobrino le parecia perfectamente ajeno á los Cardot. No previendo la desgracia, la madre de Oscar no habia remediado estos defectos de cariño entre Oscar y su tio, inspirando al comereiante amistad hácia su sobrino desde la juventud. Semejante á todas las mujeres concentradas en el sentimiento de la maternidad, Mme. Clapart no se ponía de ningun modo en el lugar del tio Cardot, creía que él debia interesarse enormemente por un niño tan delicioso, y que llevaba, en fin, el nombre de la difunta Mme. Cardot.

—Señor, es la madre de Oscar, vuestro sobrino,—dijo la doncella á M. Cardot que se paseaba por su jardín, esperando el almuerzo, despues de haberle afeitado y empolvado su peluquero.

—Buenos dias, hermosa dama,—dijo el antiguo comerciante en sedas, saludando á Mme. Clapart y envolviéndose en su bata de piqué blanco. Eh! eh! vuestro picarillo crece, añadió tirando á Oscar de una oreja.

—Ha terminado sus estudios y ha sentido mucho que su querido tio no asistiese á la distribución de los premios de Enrique IV, porque ha sonado allí su nombre. El nombre de Husson, que llevará dignamente, confiemos en ello, ha sido proclamado....

—Diablo! diablo!—prorumpió el vejete, deteniéndose.

—Mme. Clapart, Oscar y él se paseaban por una terraza, delante de unos naranjos, mirtos y granados.

—¿Y qué es lo que ha obtenido?

—El cuarto *accèsit* de filosofía,—respondió triunfalmente la madre.

—Oh! el pícaro tiene que andar mucho para recuperar el tiempo perdido, porque eso de acabar por un *accèsit*, no es un *Perú!*....—exclamó el tio Cardot. Almorzareis conmigo? prosiguió.

—Estamos á vuestras órdenes,—respondió madame Clapart. Ah! mi buen señor Cardot, qué satisfaccion para los padres y las madres, cuando sus hijos debutan con acierto en la vida! Bajo este punto de vista, como bajo todos,—dijo corrigiéndose, sois uno de los padres más felices que conozco. Bajo la direccion de

vuestro virtuoso yerno y de vuestra amable hija, el Capullo de Oro ha seguido siendo el primer establecimiento de Paris. Hé ahí á vuestro hijo mayor regentando hace diez años la más acreditada notaría de la capital, y casado con una mujer rica. Vuestro hijo menor acaba de asociarse con el más rico fabricante de drogas. En fin, teneis nietas encantadoras. Os veis jefe de cuatro grandes familias.... Permittednos, Oscar va á ver el jardín, sin tocar las flores.

—Pero si tiene diez y ocho años!—dijo el tio Cardot, sonriendo de esta recomendacion que achicaba á Oscar.

—Ay! sí, mi buen señor Cardot; y despues de haberle podido conducir hasta aquí, ni tuerto ni cojo, sano de espíritu y de cuerpo, despues de haberlo sacrificado todo para educarle, sería bien triste no verle en el camino de la fortuna.

—Pero ese M. Moreau por cuya influencia habeis alcanzado su medio dote pío en el colegio de Enrique IV, le colocará en buen camino,—dijo el tio Cardot con una hipocresia oculta bajo un aire de bondad.

—M. Moreau puede morir,—dijo ella, y además ha reñido sin reconciliacion posible con el señor conde de Sérisy, su principal.

—Diablo! diablo!.... Escuchad, señora, os veo venir.

—No, señor,—dijo la madre de Oscar interrumpiendo bruscamente al anciano, quien, por respeto á una *hermosa dama*, dominó el movimiento de mal humor que uno experimenta al verse interrumpido. Ay de mí! vos no conoceis las angustias de una madre que hace siete años se ve obligada á tomar para

su hijo una cantidad de seiscientos francos anuales sobre los mil ochocientos francos de sueldo de su marido..... Sí, señor, hé ahí toda nuestra fortuna. Así, qué puedo hacer por mi Oscar? M. Clapart aborrece de tal suerte á este pobre niño, que me es imposible conservarle en casa. Una pobre mujer, sola en el mundo, no debia en estas circunstancias venir á consultar al único pariente que su hijo tiene bajo la capa del cielo?

—Habeis tenido razon, —respondió el bueno de Cardot. Jamás me habíais dicho nada de todo eso.

—Ah, caballero!—prosiguió con altivez Mme. Clapart, vos sois el último á quien confiaría hasta donde llega mi miseria. Yo me tengo la culpa de todo, me he casado con un hombre cuya incapacidad es superior á toda creencia. Oh! soy muy desgraciada!

—Escuchad, señora, no lloreis, —prosiguió gravemente el vejete. Me hacen un daño horrible las lágrimas de una hermosa dama. Despues de todo, vuestro hijo se llama Husson, y si mi querida difunta viviese, algo haría por el nombre de su padre y de su hermano.

—Quería mucho á su hermano, —exclamó la madre de Oscar.

—Pero he entregado toda mi fortuna á mis hijos que ya nada esperan de mí, —continuó el anciano; he repartido entre ellos los dos millones que poseía, porque he querido verles dichosos y con toda su fortuna, viviendo yo. No me he reservado más que rentas vitalicias, y á mi edad no puede uno desprenderse de sus hábitos. ¿Sabeis á que es necesario dedicar ese picarillo?—dijo llamando á Oscar y asiéndole de un brazo; hacédle cursar derecho, yo pagaré las matri-

culas y los gastos de investidura; colocadle en casa de un procurador, que aprenda allí el oficio del enredo; si se porta bien, si se distingue, si tiene afición á su carrera, si yo vivo aún, cada uno de mis hijos le prestará la cuarta parte de un cargo en tiempo y lugar; en cuanto á mí, yo le prestaré su fianza. Desde hoy, pues, no teneis más que alimentarle y vestirle, comerá el pan un poco duro; pero aprenderá á vivir. Eh! eh! yo partí á Lion con dos luises dobles que me dió mi abuela, he regresado á Paris, y héme aquí. El ayuno conserva la salud. Jóven, discrecion, probidad, trabajo, y todo se alcanza! Uno goza mucho ganando su fortuna; y cuando se han conservado los dientes, se la come uno á su antojo en la vejez, cantando, como yo, de vez en cuando, *la Madre Godichon!* Acuérdate de mis palabras: probidad, trabajo y discrecion.

—¿Oyes, Oscar?—dijo la madre. Tu tío te da en tres palabras el resumen de todas las mias, y deberías grabar con letras de fuego la última en tu memoria...

—Oh! lo está, —respondió Oscar.

—Y bien! da las gracias á tu tío, no has oido que se encarga de tu porvenir? Puedes llegar á ser procurador en Paris.

—Ignora la grandeza de sus destinos, —respondió el vejete, viendo el aire atontado de Oscar; acaba de salir del colegio. Escucha, yo no soy fanfarron, prosiguió el tío. Acuérdate que á tus años la probidad no se arraiga sino sabiendo resistir las tentaciones, y en una ciudad populosa como Paris se encuentran éstas á cada paso. Vive en casa de tu madre, en una

bohardilla; ve derecho á tus clases, desde estas á tu estudio, persevera noche y mañana, estudia en casa de tu madre, sé segundo escribiente á los veintidos años, primero á los veinte y cuatro; sé sabio y tu fortuna es cosa hecha. Y bien! si la profesion te disgustara, podrias entrar en casa de mi hijo, el notario, y llegar á ser su sucesor.... Así, trabajo, paciencia, discrecion, probidad, hé ahí tu divisa.

—Y quiera Dios que vivais todavia treinta años para ver á vuestro quinto hijo realizando cuanto esperamos de él,—exclamó Mme. Clapart, tomando la mano de Cardot y estrechándosela con un gesto digno de su juventud.

—Vamos á almorzar,—respondió el bueno del vejete, tirando á Oscar de una oreja.

Durante el almuerzo, el tío Cardot observó disimuladamente á su sobrino, y notó que no sabia nada de la vida.

—Enviádmelo de cuando en cuando,—dijo á Mme. Clapart despidiéndose de ella y señalando á Oscar, yo os le formaré.

Esta visita calmó las penas de la pobre mujer, que no esperaba tan buen éxito. Por espacio de quince días, salió á paseo con Oscar, le vigiló casi con tiranía y así llegó á fines de Octubre. Una mañana, Oscar vió entrar al temible administrador que sorprendió á la pobre familia de la calle de la Cerisaie almorzando una ensalada de harenques y lechuga, con una taza de leche por via de postres.

—Estamos establecidos en Paris donde no vivimos como en Presles,—dijo Moreau que quiso anunciar de este modo á Mme. Clapart el cambio producido en

sus relaciones por la falta de Oscar; pero pasaré poco tiempo en él. Me he asociado con el padre Léger y con el padre Margueron de Beaumont. Somos traficantes en tierras y hemos empezado por comprar la de Persan. Soy el director de esta sociedad, que ha reunido un millon, porque he pedido prestado sobre mis bienes. Cuando tropiezo con un negocio, el padre Léger y yo le examinamos; mis socios perciben cada uno la cuarta parte y yo la mitad de los beneficios, porque yo cargo con todo el trabajo; de manera que me pasó todo el dia en la calle. Mi mujer vive modestamente en Paris en el arrabal del Roule. Cuando hayamos realizado algunos negocios, cuando ya no arriesguemos más que beneficios, si Oscar se porta bien, quizás le emplearemos.

—Vaya, amigo mio, la catástrofe debida á la ligereza de mi desgraciado hijo será sin duda para vos la causa de una brillante fortuna; porque, á decir verdad, enterrábais en Presles vuestros recursos y vuestra actividad.

Luego Mme. Clapart refirió su visita al tío Cardot, con objeto de demostrar á Moreau que ella y su hijo podian ya dejar de serle gravosos.

—Tiene razon ese buen anciano,—prosiguió el ex-administrador, es preciso mantener con brazo de hierro á Oscar en ese camino, y será sin duda alguna notario ó procurador. Pero que no se aparte de la senda emprendida. Ah! tengo en mis manos vuestro asunto. La parroquia de un traficante en fincas es importante, y me han hablado de un procurador que acaba de comprar un título en blanco, esto es, un estudio sin clientela. Se trata de un jóven duro como

una barra de hierro, incansable para el trabajo, una especie de caballo de una actividad feroz; se llama Desroches, voy á ofrecerle todos nuestros negocios, con la condicion de morigerar á Oscar: le propondré que admita á éste en su casa mediante nuevecientos francos, yo daré trescientos; así vuestro hijo sólo os costará seiscientos francos, y voy á recomendarle al señor prior. Si el niño quiere llegar á hombre, será bajo esa férula; porque saldrá de allí notario, abogado ó procurador.

—Vamos, Oscar, da las gracias á ese buen señor Moreau, estás ahí hecho un poste! No todos los jóvenes que cometen necedades tienen la dicha de encontrar amigos que se interesen por ellos, aún despues de haber recibido disgustos.....

—El mejor modo de reconciliarte conmigo,—dijo Moreau, estrechando la mano de Oscar, es trabajar con una aplicacion constante y portarte bien....

Al cabo de diez días, Oscar fué presentado por el ex-administrador al señor Desroches, procurador, recientemente establecido en la calle de Béthisy, en una vasta habitacion sita en el fondo de un estrecho patio, y de un precio relativamente módico. Desroches, jóven de veintiseis años, duramente educado por un padre en extremo severo, hijo de una familia pobre, se habia visto en las mismas condiciones en que se encontraba Oscar; se interesó, pues, por él, pero como podia interesarse por alguno, con las duras apariencias que le caracterizaban. El aspecto de este jóven delgado y flaco, de color moreno, de cabellos cortados á manera de cepillo, de palabra breve, de

mirada penetrante y de una vivacidad sombría, aterrorizó al pobre Oscar.

—Aquí se trabaja noche y dia,—dijo el procurador desde el fondo de su sillón y detrás de una ancha mesa, sobre la cual se hallaban amontonados los papeles en forma de Alpes. Señor Moreau, no os lo mataremos, pero será necesario que ande á nuestro paso. Señor Godeschal!—gritó.

Por mas que era domingo, apareció el primer escribiente con la pluma en la mano.

—Señor Godeschal, hé ahí el aprendiz de quien os he hablado, y por quien el señor Moreau se toma el mas vivo interés; comerá con nosotros y ocupará la reducida bohardilla al lado de vuestro cuarto; le medireis el tiempo necesario para ir y venir de aquí á la cátedra de derecho, de manera que no le sobren ni cinco minutos; velareis para que aprenda el Código y adelante en sus cursos, es decir, que cuando haya terminado sus trabajos de cátedra, le dareis autores que léer; en una palabra, debe hallarse bajo vuestra inmediata direccion, y yo os vigilaré. Quieren hacer de él lo que vos mismo habeis llegado á ser, un primer escribiente hábil, para el dia en que tome la investidura de abogado. Idos con Godeschal, amiguito, va á mostraros vuestro alojamiento y os arreglareis en él como podais... Veis á Godeschal?—prosiguió Desroches dirigiéndose á Moreau, es un muchacho que, como yo, nada posee; es hermano de Marietta, la famosa bailarina que le está acumulando con que vivir dentro de diez años. Todos mis escribientes son unos jóvenes de buen humor que no deben contar sino con sus diez dedos para labrarse la fortuna. De